



## CAPITULO VII

Después que fue Surabta nombrado ayudante de Holcatl lo alojaron en el palacio real dándole un departamento que correspondía a el ala del este. Las paredes las había adornado con sus armas y trofeos, pues constantemente estaba recibiendo regalos de sus amigos. Mantas bordadas y ricas pieles se veían por todos lados. Del techo pendía una lámpara de jade transparente, mantenida por una sustancia compuesta de brea y otros ingredientes que despedían muy agradable perfume.

El sencillo mobiliario se componía de pequeños banquitos y de un lecho formado por delgadas y flexibles cañas, sobre las que se extendía una bella piel.

Acababa de retirarse Holcatl de la estancia, después de haber estado comentando largamente los asuntos referentes al odio que sentían los sacerdotes por Xochitl. Ya había sido impuesto el monarca del atentado de que había sido objeto el ayudante del Nación, y Holcatl había recibido de él terminantes instrucciones para prestar a Surabta el más decidido apoyo.

Aunque era pasada la media noche, Surabta no

sentía deseos de reposo, pues en su mente bullían los recuerdos de los sucesos del día.

De pronto creyó oír el grito de un coyote, e imaginando que pudiera ser la llamada de uno de sus guerreros, saltó presto y corrió a la plataforma exterior del palacio. Descendió las innúmeras gradas, y en eso oyó de nuevo el débil grito, el cual le indicó la dirección en que el guerrero lo aguardaba.

—¿Qué hay, Deyé?, preguntó rápido; y entonces apareció la figura del guerrero, el que sin más preámbulos dijo: —Ya es muy pasada la media noche y Arausi no ha llegado al templo, y habiendo notado que el fuego del Altar comenzaba a extinguirse, corrí a avisarte.

—Pues sube veloz al templo del Nación y dile que lo espero con gran urgencia, en el muro del puente frente al templo. —Pero vuela, pues la vida de Arausi depende de tu carrera.

Surabta subió a su cuarto, cogió el carcaj, empapó un paño en la brea de la lámpara y volvió a salir. Se lanzó al río y ganó la isleta, y junto al árbol del vigía avivó unos carbones que tenían entre rescoldos, y con ellos encendió una mecha. Al llegar a lo más alto del árbol pudo comprobar que realmente el fuego estaba a punto de extinguirse, y con su agilidad acostumbrada, en pocos momentos preparó la flecha amarrando a la punta el paño embreado: le aplicó la mecha y todavía esperó breves instantes hasta que se avivó la llama, y entonces la disparó con tal certeza que fue a clavarse en los leños casi apagados.

Cuando descendió del árbol tuvo que apoyarse en

él, debido a la gran emoción que sentía. Con aquella flecha incendiaria había comprendido que iba la vida de su amada y al dispararla había temido que pudiera flaquear su certeza de hábil flechero.

Entonces se fué junto al muro del puente en espera del Nacón, el cual llegó poco después acompañado de Deyé. Tal era su agitación que apenas vió a Surabta se agarró a él, y dejando caer la cabeza sobre el fuerte pecho del guerrero sólo pudo preguntar: —¿Se apagó el fuego?

—No temas ya, pues el fuego arde en todo su esplendor avivado por una flecha incendiaria que acabo de disparar, pero corre veloz y averigua qué le pasa a Xochitl. Y recuperando el Nacón de nuevo su energía voló hacia el templo con agilidad sólo propia de un guerrero.

Viendo aquello le dijo Deyé a su jefe: —Cuán portentoso es el cariño y cómo a su influjo todos los hombres nos convertimos en hermanos.

Largo rato después vieron pasar al Nacón acompañado de Xochitl que se dirigían al Templo del Sol con paso veloz y al poco rato volvieron a descender las gradas ya con un andar más reposado. Al llegar junto al puente se pararon y Surabta se acercó indeciso hasta escuchar al Nacón que le decía: —No tengas miedo, bravo guerrero y avanza para que Xochitl pueda expresarte su agradecimiento.

Y llegando Surabta junto a ellos, pudo escuchar de nuevo aquella voz que siempre tuvo la virtud de producirle la impresión de que era una diosa quien

le hablaba. —Veo que persistes en tu empeño, mi buen Surabta, de escudar mi vida.

—No, bella Arausi, contestó, pues es a Deyé a quien se debe el haber imaginado que algún peligro corrías.

—Tú y Deyé y todos tus guerreros formáis un solo cariño que yo siento que me envuelve por doquiera. Ya sé de sus desvelos y de la constante vigilancia en que me tienen, y con ello me recuerdan aquellos tiempos en que era conducida en sus brazos a través de bosques y pantanos y, también recuerdo cómo todos a porfía disputaban por llevarme más tiempo hasta quedar a veces agotados.

Y de nuevo siguió Xochitl: —muchas veces me creyeron inconsciente por la fiebre y entonces observaba cómo se entregaban a la aflicción y disputaban por hacerme guardia. —Todos esos recuerdos perduran en mi mente y han hecho que mi corazón se dilate inmensamente y que ame a todos tus guerreros como a hermanos.

Entonces le cuenta el Nación a Surabta, que al llegar al Templo de las Vestales encontró que la puerta del cuarto de Xochitl había sido cerrada por fuera misteriosamente, y al sacerdote encargado de su custodia tan profundamente dormido que aun no habían podido despertarlo.

Cuando dejaron a Xochitl en su templo, el Nación le siguió diciendo a Surabta. —Comienzo a tener miedo por primera vez, pues realmente, la situación de Xochitl es grandemente complicada y creo llegado el momento de pedir protección al rey. —Nuestro

enemigo es muy poderoso y temo que mis fuerzas ocultas no sean suficientes para defender su vida, por no haber podido conseguir averiguar la trama sistemática que están urdiendo. —Para haber podido encerrar a Xochitl, tienen que haber hecho dormir por artes mágicas a mi ayudante y de igual manera pueden hacerlo contigo o con tus centinelas; principalmente, si llegan a descubrir quiénes fueron los que evitaron el golpe que tan hábilmente habían preparado. —Mañana sin falta tenemos que dar cuenta de todo esto a Tutulxiu.

En unión de Holcatl se presentaron al siguiente día el Nación y Surabta ante el monarca y le relataron detalladamente los sucesos de los últimos días, decidiendo Tutulxiu convocar inmediatamente a Consejo Pleno, al que dió cuenta de los hechos.

Sería mi deseo que el Consejo Real, decía el monarca, dé su mayor atención al atentado de que ha sido objeto ese miembro de la casta sacerdotal, y que los culpables sean castigados con toda dureza, sean quienes fueren; y asimismo, que se investigue el hecho delictuoso perpetrado contra la vestal Xochitl que acabo de referiros; pues claramente se comprende, que el objeto de los criminales fue el tratar de que se apagara el fuego del Templo del Sol, que está a su cuidado, para que fuese condenada a muerte; pero, si tal horror hubiese sucedido, quiero decirles, que yo no hubiera ratificado su condena, pues ya no imperan en esta nación los inflexibles dioses. —Las clementes deidades que ahora iluminan nuestros actos, no hay duda que hubiesen aprobado mi fallo antes

que permitir el castigo de una víctima inocente, cuyo sólo delito hubiera sido dejar apagar el fuego de su templo, obligada a ello por sus crueles enemigos.

—La referida vestal no hay duda que está protegida de los dioses, pues el Nacón Trienal recibió un aviso misterioso, apenas a tiempo para correr al Templo del Sol con Xochitl, e impedir que el fuego se apagase.

—Para este hecho también pido sanción y un castigo ejemplar, y asimismo, que la casta sacerdotal restablezca de nuevo el servicio de tres vestales para la atención del fuego sagrado de cada templo, teniendo todas ellas iguales responsabilidades.

Entonces solicitó la palabra el Gran Sacerdote y dijo: —Estoy de acuerdo con las ideas de Tutulxiu. —Esos atentados son sin precedente, y me siento altamente complacido al ver cómo el monarca trata de mantener los fueros de nuestra casta pidiendo un castigo ejemplar para los criminales; pero francamente he de decir, que yo dudo que haya mano criminal en estos sucesos.

—Repetidas veces he recomendado y casi ordenado al Nacón Trienal que sustituya de su cargo al sacerdote auxiliar, pues, por razón de su mucha edad lo considero inepto para desempeñar las delicadas funciones a que el Nacón lo tiene destinado.

—El menor descuido en un horóscopo podría acarrear un gran ridículo a toda la casta sacerdotal; pero es tanto el cariño que tiene a su ayudante, que no he podido conseguir que escuche mis consejos.

—Ahora, concretándome al asunto en discusión

os diré, que en mis conversaciones con dicho auxiliar he podido comprobar que está influenciado por un estado de letargia mágica, lo que seguramente se debe al abuso de las prácticas de los misterios del sacerdocio. —Teniendo en cuenta estos antecedentes, nada tiene de extraño que él mismo, durante uno de esos estados, hubiera cerrado la puerta de la cámara de la vestal sin conciencia de ello, y también que hubiera imaginado las persecuciones y el atentado contra su persona.

Estas declaraciones del Gran Sacerdote, dichas con su voz de tono persuasivo y con la fama de gran mágico de que estaba rodeado, hicieron que la opinión del Consejo estuviera casi en su totalidad de su parte y hasta el mismo monarca comenzó a creer en la posibilidad de que el sacerdote auxiliar hubiera sido el que cerró la puerta.

Entonces el Nación pidió la palabra y dijo: —Yo estoy de acuerdo con Huenac en que fue mi propio auxiliar el que cerró la puerta de la cámara y en tal virtud, pido también al Consejo que investigue minuciosamente quién fue el que lo influenció en el sueño mágico en que ha estado sumido durante toda la noche, pues ese es el criminal; y en cuanto al atentado personal de que fue objeto el sacerdote, en él no tuvo intervención la magia, pues yo tengo en mi poder la manta con que le envolvieron la cabeza.

Después de estas palabras convincentes, son aprobadas en todas sus partes las sugerencias del monarca.

Momentos después, por todo Na-chan-caan circula la noticia del atentado de que ha sido objeto el sa-



cerdote y la vestal, comentándose el caso como un patente milagro de la diosa Xochiquetzalli.

Como no se pudieron dar al Consejo Real los datos precisos que conocían los guerreros de Surabta, por más diligencias que hizo éste no pudo encontrar la menor prueba sobre el atentado y por fin tuvo que suspender sus investigaciones, con la esperanza de que en el futuro se encontrara algún indicio que esclareciera la verdad.

Días después llegó Deyé al palacio real en busca de Surabta. Le traía una carta que había caído cerca del lugar en que estaba haciendo centinela. —Tómala, le dijo: —venía amarrada al ástil de esta flecha.

Estaba Surabta tratando de descifrar los complicados signos ideográficos del idioma maya. Este casco guerrero, esta figura de tigre, esta mano con una flecha, esta rodela y tantos otros signos, ¿qué dirán? —Comprendo que la carta es de Xochitl por esta flor que representa su nombre.

—Pues si la carta es de Arausi, le dijo Deyé, corre al punto a casa del Nacón para que te la traduzca.

—Tienes razón, dijo: con estas intrigas no acostumbradas en nuestro país me temo que comienzo a perder la serenidad.

Traspuso la distancia que lo separaba del Templo de la Historia en un momento, y ahorrando toda palabra de saludo, presentó la carta al Nacón.

—Es de Xochitl, dijo éste, y me dice que vaya a verla con toda velocidad, pues que el peligro sigue y hay que defenderse con todas las artes de la gue-

rra, pero que ahora el objetivo contra el que lanzarán sus ataques será otro.

—Aquí tienes este anahté, le dijo a Surabta: estúdialo con cuidado, pues en él estoy anotando el significado ideográfico de los principales katunes de nuestra escritura. —En él encontrarás algunas de las ideas expresadas en esta carta, y mientras tanto yo voy en busca de Xochitl.

Se quedó Surabta abismado en aquel esfuerzo intuitivo poniendo toda la energía de que era capaz en la interpretación de la carta de su amada, consultando para ello el diccionario del Nacón, y haciendo recuerdos de la interpretación que él dió a la carta. —Entonces, iba diciendo: —Esta mano con la flecha, tanto puede decir, «leve veloz», «coja veloz» o bien, «venga veloz»: —el tigre, tanto puede ser indicación de peligro como de valentía: —según este anahté, la rodela indica defensa, pero dice que tiene otros muchos significados que sólo pueden clasificarse de acuerdo con el sentido del escrito en su frase anterior y posterior. —Nunca podré llegar a interpretar este idioma tan terriblemente complicado, estaba pensando Surabta, cuando en eso llegó el sacerdote.

—Difícilmente podrás comprender las razones en que se funda Xochitl para temer que ahora los enemigos hayan cambiado el objetivo de sus ataques, le dijo al llegar. —Antes de entrar en más explicaciones tengo que decirte lo siguiente:

—Cuando en días pasados encontramos a Xochitl en el Templo del Sol, efectué una ceremonia mágica inconscientemente; pero estoy seguro, de que era obe-

deciendo al mandato de la diosa del amor; pues ahora he visto, que concurrieron en ese momento la hora, el día y el astro correspondiente.

—Cuando tú me pedistes que protegiera tus amores, estaba yo tratando de crear una corriente defensiva con que envolverlos y en ese preciso momento produje sin pensarlo la unión de vuestras almas.

—Recordarás que os dije que veía que los colores de vuestros cuerpos se amalgamaban y que escuchaba a la vez unas armoniosas melodías: pues ellas fueron la consagración que hacía de vuestro amor la diosa Xochiquetzalli.

—Ahora bien, como Xochitl está iniciada en los misterios sacerdotales, ha adquirido una sensibilidad extrema para percibir ciertas corrientes de pensamiento, y en esa forma ha sentido claramente que vuestros enemigos han comenzado una campaña contra tí, pues el lazo con que han sido unidas vuestras almas ha extremado su percepción a tal extremo, que cualquier daño que traten de hacerte, ella lo siente con mayor viveza que si fuera contra sí misma.

—Si estuvieras instruido en nuestros misterios, sentirías de igual manera cualquier peligro que amenazase a tu amada, por más que estuvieras separado de ella por gran distancia.

—Estas noticias que me das, Nación amigo, me llenan de un intenso regocijo y me devuelven la tranquilidad perdida por tanto tiempo. —Con tal de que Xochitl quede exenta de peligro, cualquier mal que caiga sobre mí lo recibiré tranquilo. —Me inclino reverente ante la diosa del amor por haber escu-

chado la constante plegaria de mi corazón al unirme con mi amada.

—Yo sería completamente feliz si nuestros enemigos cambiaran su sistema de lucha encubierta, en lo que son hábiles maestros, por una lucha honrada y a toda luz, pues desgraciadamente, en nuestra incipiente civilización güetar no aprendimos esa forma de combatir. —¿No crees tú, Nación, que sería yo escuchado por tus dioses si les hiciera una plegaria en ese sentido?

—Sería inútil que la hicieras, le contestó, pues las costumbres inveteradas de una raza no pueden ser fácilmente modificadas con plegarias, aunque tuvieras suficientes merecimientos para hacerla, ya que para ello sería preciso que la inmensa mayoría de la raza inclinara su mente hacia esa nueva tendencia. —Las plegarias producen un efecto positivo y seguro cuando van acompañadas de un firme propósito de reforma o de un deseo bien definido y secundado con sacrificios de malas tendencias personales o de un grupo o nación. —Otras plegarias producen siempre corrientes benéficas o perversas, según la intención con que se lanzaron, pero éstas no van dirigidas a un fin determinado, sino que entran en sus corrientes respectivas y son usadas por los dioses para los fines que ellos persiguen.

Al llegar Surabta a su apartamento del palacio, escribió la siguiente carta:

«A su adorada Arausi le envía Surabta todo su cariño en esta carta.

«Nuestra amada diosa ha querido consagrar nues-

tro amor a pesar de la voluntad adversa de los hombres, y ahora sólo los dictados del honor o los deberes con mi patria serían los únicos que podrían romper el amoroso lazo con que ella nos ha unido.

«Desecha todo temor, amada mía, pues en el peligro siempre me ha acompañado el dios de los guerreros de mi patria. Empresas más difíciles supe vencer cuando por largos días te llevé en mis brazos por las selvas intrincadas, aprovechando para el descanso sólo los momentos en que cuidadosamente te dejaba recostada, para empuñar el arco y defenderte de las fieras y los hombres.

«¡Oh días felices los pasados!

«He ganado tu amor en lucha leal y a todo honor; de tal manera, que hasta los mismos dioses han considerado haberlo merecido. Sólo los hombres con sus odios implacables son capaces de disputarme esta victoria; pero nunca me conocerán vencido, tenlo por seguro, ¡y pobre de aquel que se interponga en mi camino!

«Por mía te salvé en las selvas de mi patria cuando te encontré enferma y abandonada, y al recogerte como a un tierno pajarillo, allí te dediqué mi primera plegaria de amor: de un amor amplio y profundo y capaz de todos los sacrificios.

«No temas por mí, y que las alas de tu diosa cobijen esta carta y la conduzca certera al impulso de mi flecha».

Esperó Surabta a que las sombras de la noche envolvieran la ciudad y cautelosamente se acercó al Templo de las Vestales, y lanzando la carta amarrada

a una flecha, por la angosta ventana del cuarto de Arausi, se volvió rápido a la isleta en que tenía apostados a sus guerreros, para dar cuenta a Deyé de que ya había pasado, al parecer, el inminente peligro en que había estado su amada.

—En cambio, según me aseguran, le seguía diciendo, el que está ahora en peligro soy yo: —¿no te parece risible? —Si ni los cautelosos tigres pudieron nunca hincarme el diente, ¿crees posible que un simple sacerdote sea capaz de hacerme daño?

—Pues yo en tu lugar, le dijo Deyé, estaría ahora temblando si hubiera recibido esa noticia. —Ni el más sagaz de los animales de la selva le gana en maldad a la bestia humana. —Deja esa confianza en que vives y presta atención a mis temores, pues nada puede hacer el hombre valeroso cuando está entre enemigos desleales.



## CAPITULO VIII

El Gran Sacerdote Huenac decidió la celebración de grandes festividades para en ellas implorar la clemencia de los dioses, con el objeto de obtener las lluvias bienhechoras.

Como ese año había comenzado con el signo «cauac» que era tenido como aciago, era indispensable dar toda pompa a las fiestas para tenerlos propicios, así es, que decidió que éstas duraran tres días, y el mismo Tutulxiu ofreció ceder una sección de guerreros para prestar ayuda en los trabajos y también dar carácter oficial a las festividades, todo lo cual produjo en Na-chan-caan gran alegría.

Cubrieron con una gran enramada todo el trayecto desde el Templo del Sol hasta la inmensa plaza del palacio real.

Holcatl advirtió a Surabta, que de acuerdo con las costumbres del país, él y sus guerreros debían someterse la víspera de las fiestas a un ayuno riguroso.

Al amanecer del día prefijado, todo el pueblo circulaba por las calles llevando sus ofrendas a los dioses, consistentes en tortas, flores y frutas, y en hermosas pavas para los sacerdotes.



Desde su aposento del palacio oía Surabta las llamadas que hacían los sacerdotes desde el Templo del Sol, por medio de caracoles y tambores.

Cuando terminó el pueblo de hacer la entrega de sus ofrendas, sacaron los sacerdotes las cuatro deidades «Chichac-chob». «Ek-Balam-Chac», «Ahcan-Uolcab» y «Ahbuluc-Balam», y con el Gran Sacerdote al frente avanzaron hacia el palacio por la calle cubierta por la enramada. A continuación de los sacerdotes seguía inmenso gentío bailando la danza llamada «Xibalba-Okol» (llanto del lugar de los muertos) y a ambos lados de la procesión iban las vestales distanciadas para cubrir toda la fila, quemando incienso de copal en platillos de oro.

Detrás seguía una sección de guerreros de gran gala y en medio de ellos iba un jefe abanderado portando el escudo real. Cerraban la marcha de la inmensa procesión los músicos, sonando unos sus caracoles, otros largas trompas, otros raspando conchas de tortuga, y además iban los tañedores de flauta, los de sonaja y por último seguían los tamborileros, y mezclados con todos ellos los cantores entonando sus himnos al compás de estos instrumentos.

Al desembocar la procesión en la plaza del palacio fue saludada con el sonido del gran teponaxtli de guerra (tambor).

El monarca, rodeado de sus jefes principales y de los miembros del Consejo, esperaba en las puertas del palacio y toda la inmensa plataforma así como las graderías estaban repletas de la más alta nobleza

de los itzaes, todos portadores de sus ofrendas de flores y de frutos.

Al llegar el Gran Sacerdote a la primera grada se paró la procesión y siguieron avanzando las vestales hasta ocupar las graderías, extendidas en dos alas: entonces comenzaron a ascender los sacerdotes envueltos en la nube de incienso que éstas les enviaban.

Xochitl había quedado en primer término, cercana al grupo formado por el monarca y los principales miembros de la corte, entre los que estaba la princesa Huitzillin.

En ese momento llamaba Tutulxiu a Surabta, y le mandaba, que con parte de la escolta real se encargase de la custodia de los príncipes, pues él había mantenido la costumbre, por cortesía a la antigua corte, de ceder parte de su guardia para que le sirviese de escolta, siempre que alguno de éstos concurría a las fiestas del palacio.

Precisamente al recibir el guerrero esta orden se cruzó su mirada con la de Xochitl, y vió en sus ojos una expresión de tan intenso sufrimiento, que tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí para poder entender el sentido de la orden que acababa de recibir.

El cortejo comenzó a entrar en el palacio, sirviendo ahora la nobleza de acompañamiento a los sacerdotes. Atravesó el amplio patio y se detuvo frente al pequeño templo. Entonces el Gran Sacerdote fue introduciendo a las deidades al interior y cuando las hubo dejado acomodadas sobre el Altar, fueron entrando todos y depositando sus ofrendas.

En eso llegaron unos sacerdotes portando unas

andas con una hermosa pava silvestre la cual fue entregada por el Gran Sacerdote al Nación sacrificador y, mientras tanto, todos entonaban cánticos litúrgicos.

Cuando se terminaron estas ceremonias, quedaron los dioses confiados al cuidado de las vestales y todos los concurrentes fueron saliendo y acomodándose en los pórticos del palacio en estrados especiales que habían sido colocados y que estaban resguardados de los rayos del sol por bellas mantas bordadas. Con una estricta precisión se fueron acomodando todos los sacerdotes y la nobleza según su orden de jerarquía.

Surabta colocó su escolta a espaldas del grupo de los príncipes y seguidamente fue llamado por la princesa Huitzillin, la que pidió que le cedieran un puesto detrás de su persona, por venir él en calidad de representante del monarca.

Esta preeminencia fue motivo de íntimo desagrado, principalmente para el noble Tzontemac que fue el que tuvo que ceder su puesto a Surabta, lo que produjo insistentes murmuraciones entre los itzaes. Ninguno podía comprender cómo la princesa, siempre tan atenta a los rituales cortesanos, había podido cometer el error de ceder el puesto de honor que ocupaba Tzontemac a un simple ayudante del rey.

Cuando estos rumores de descontento llegaron a oídos del canciller Xolotl, inmediatamente se levantó de su sitio y se lo ofreció al noble ofendido, pues Xolotl estaba al tanto de la política que seguía la princesa y sabía que ella procedía de acuerdo con un vasto plan ideado por el Gran Sacerdote. Este

rápido proceder del ex-canciller tuvo la virtud de acallar las murmuraciones, pues comprendieron enseñada que alguna razón de alta política habría tenido ella para ceder tal puesto a Surabta, mientras que éste, ajeno por completo a las pequeñas intrigas de la corte, tenía su pensamiento sólo fijo en el recuerdo de aquella intensa mirada de congoja que Arausi le había dirigido.

La voz de la princesa lo sacó de su abstracción, diciéndole: —Fíjate bien, porque ahora va a comenzar la parte más interesante de los bailes.

En el centro de la plaza había una altísima vara de cuyo extremo, adornado con banderas, habían atado una gran cantidad de larguísimos cordeles de distintos colores. Avanzaron los bailarines llevando unas banderitas en las manos y cogiendo cada uno un cordel del color de su bandera principiaron la danza dando vueltas alrededor de la vara y al compás de músicas y cánticos.

No comprendía Surabta la razón a que obedecía aquel ir y venir y el constante entrecruzarse de los bailarines, hasta que comenzó a notar que alrededor de la alta vara se iba tejiendo un bella greca de colores de un dibujo perfecto. Entonces su admiración llegó a tal punto que exclamó: —¡esto es maravilloso!

—Realmente, le dijo la princesa. —Esos bailarines presentan cada vez dibujos distintos a cual más bello.

Cuando toda la vara estuvo cubierta por la greca fueron saludados los bailarines con grandes aclamaciones y el hol-pop (director) fue felicitado por el

rey, por haber enseñado a sus bailarines a tejer las grecas, cuyo estilo de ornamentación había sido introducido por los nahuas.

Así terminaron los bailes de la mañana y comenzó el desfile, citándose todos para la tarde en que había de celebrarse la curiosa danza del fuego.

Surabta escoltó a la princesa hasta la puerta de su palacio y fue insistentemente instado para que entrara, pero se negó a ello pretextando que ese día le tocaba servicio al lado del rey, pero la verdadera razón era que quería estudiar el medio de poder hablar con Arausi, pues no podía apartar de su mente su mirada de aficción.

Llegado al palacio, fue enseguida en busca de Holcatl y le pidió su ayuda, asegurándole que Xochitl necesitaba decirle algo de inmediato interés para su propia seguridad, pues así lo había comprendido por la mirada de congoja que le había dirigido.

—No olvides que expones la vida si llegaran a sorprenderte, le dice éste; pero realmente, en esta lucha desleal que sostienen tus enemigos, bien vale la pena de arriesgar todo peligro. —Salgamos al patio con el pretexto de inspeccionar a los centinelas y así podremos averiguar en cuál de los edificios han sido alojadas las vestales.

Holcatl ordenó a algunos de los guerreros que impidiesen el paso por detrás del edificio en que estaban las vestales, a todo el que no hiciese la seña convenida, cualquiera que fuese su jerarquía y siguieron su revista de inspección. Al pasar por una de las ventanas posteriores distinguió Surabta la silueta

de Xochitl y señalándole a los centinelas de la torre le dió a entender que volvería cuando no pudiera ser visto por ellos.

Durante todo el día había estado el pueblo amontonando una altísima pira de madera en el centro de la plaza y unos cantores se habían estado turnando en la cúspide de ella entonando constantes plegarias con las que pedían a los dioses su protección para que hicieran cesar el terrible calor y dejaran caer las lluvias, por cuya falta se estaban arruinando las cosechas.

A la puesta del sol comenzó a llegar a la plaza una inmensa cantidad de pueblo. Todos traían teas encendidas las que iban arrojando a la pira.

Los miembros de la nobleza y los sacerdotes fueron ocupando sus puestos volviendo Surabta al lugar que le había designado la princesa. Estaba hablando con ella sobre el juego de pelota que se celebraría como terminación de los festejos y en el cual éste se había comprometido a tomar parte, cuando llegó Holcatl, y Surabta le cedió su asiento.

Lentamente y con todo disimulo se fue Surabta retirando hasta conseguir dar la vuelta al atrio del palacio y entrando en su departamento, pasó a los largos corredores interiores y después al patio, que sólo estaba iluminado por algunas teas.

Antes de dar la seña convenida a los centinelas, prefirió escurrirse a la sombra de los muros, pues tenía más confianza en su paso sigiloso acostumbrado a sorprender a las fieras en su sueño que a la discreción de los guerreros de Holcatl, y en esa forma

llegó sin ser visto hasta la ventana del cuarto de Xochitl.

—Te esperaba, le dijo ésta con voz tenue. —Mi fiel corazón no me engañaba con sus latidos, pues él te sintió antes de que mis ojos te hubiesen percibido.

—¡Amado Surabta!, la paz de mi alma ya no existe. —Me parece sentir como si a jirones me fuesen arrancando tu cariño. —Ya solo lucho mantenida por la inmensa fe que tengo en mi buena diosa del amor y a ella pido un milagro que te salve.

—Es tanto el amor que por ti siento, le dice Surabta, que tus dudas me entristecen profundamente. —¿Cómo es posible que temas que se apague mi cariño si él ha sido por largo tiempo mi única ilusión y el faro de luz que ha dirigido mi conciencia hacia la mayor posible perfección de mi ser sólo por sementarme en algo a tu pureza?

—No, Surabta mío, no te duelan mis palabras, pues claramente siento cómo tu amor me envuelve dulcemente. Percibo la nobleza de tu cariño y siento en él tu protección constante, y cómo tu pensamiento llega a mí cual impulsado por céfiro divino. —Escucho las delicadas plegarias de amor que tu conciencia está siempre depositando a mis plantas, y es más, percibo mejor que tú mismo, lo exquisito y santo que encierra tu adoración por mí; pero no obstante, vislumbro que en pocos días nuestra dicha comenzará a oscurecerse y te veo forcejear contra encontrados sentimientos y temo que en la terrible lucha caigas al fin anonadado, y por esta visión es que la paz de mi alma ha desaparecido.

—Vuelve a tu serena tranquilidad, mi pobre Arausi: sigue interpretando el profundo amor que por ti siento, pues yo soy inhábil para hablarte en ese lenguaje sólo usado por los dioses. —¿Por qué temes, querida mía, si bien sabes que nuestro amor ha sido consagrado por tu diosa, y por ello, ni la misma muerte podrá borrar nuestro cariño? —No temas a los hombres, pues protegiendo los dioses nuestro amor, aunque fuese cierta la cruenta lucha que percibes, al final de ella sabré levantarme y correr a ti, mantenido por la santa ilusión que tengo depositada en tu divino ser.

—Rezaré por que así sea, pero hoy al llegar frente al palacio presentí lo inminente de la lucha con sólo ver la mirada de odio que me lanzó la princesa Huitzillin y pude comprender que en ella está el peligro. —Si puedes huir de su presencia quizás te evitarías grandes sufrimientos.

—Trataré de hacerlo, le contestó Surabta, pues siempre siento en presencia de la princesa un cierto temor que yo achacaba a cortedad y al peligro de cometer errores contra las estrictas fórmulas cortesanas que ella acostumbra. —Mañana debo jugar a favor de sus colores y después me ha dedicado una fiesta en su palacio, pero trataré de encontrar algún pretexto para eludir este compromiso. —No temas por mí, querida Arausi, pues tu cariño me servirá de talismán en cualquier conflicto.

—Vete ya, le dijo Arausi, pues tengo que cuidar del fuego de los dioses.

Surabta volvió rápido al atrio del palacio y al



percibirlo la princesa, le dijo:— Por dicha llegas a tiempo para que presencies la parte más importante de este baile. —Fíjate bien.

El populacho comenzaba a extender por la plaza los carbones encendidos de la pira: los músicos intensificaban de modo loco sus sonidos y los sacerdotes salmodiaban sus conjuros a grandes voces.

Habían convertido la plaza en una inmensa hoguera circundada por el pueblo y notaba Surabta cierta indecisión en él, como si tuvieran todos la intención de lanzarse sobre las brasas. Entre el gentío comenzaron a circular mujeres con cántaros henchidos de bebidas.

Surabta no podía entender las palabras que le dirigía la princesa, pues toda su atención estaba fija y como atraída hacia aquella escena, imaginando que por momentos habría de presenciar la horrorosa hecatombe de aquel pueblo enloquecido arrojándose a las llamas.

Veía como los sacerdotes instaban a los hombres a que se lanzaran a las brasas y a éstos avanzar indecisos y después retroceder rápidamente: veía que por momentos iban a echarse a aquel hórrido volcán y ya estaba listo para correr a ocultarse en los sótanos del palacio, cuando de pronto vió avanzar aquella masa y con saltos descompasados y gritos de poseídos, entregarse a un baile infernal en medio de aquel fuego.

La tensión de nervios de Surabta llegó a un grado inconcebible y entonces comenzó a entender las palabras que le había estado dirigiendo la princesa y

cuyo sentido hasta entonces el no pudo comprender.

—Ahora te habrás convencido, amigo Surabta, le decía ella, de la ciencia que aatesoran nuestros sacerdotes. —Hasta al fuego consiguen dominar, y esos gritos que se oyen, son de aquellos que en medio de sus bailes les falta la fe, y entonces sienten las quemaduras y hay que sacarlos antes de que mueran.



## CAPITULO IX

Hacía mucho tiempo que no se había visto tan concurrido el juego de pelota. En los espacios más anchos que quedaban a ambos extremos del estadio se anotaban las apuestas, consistentes en espléndidas mantas bordadas, en joyas y manojos de ricas plumas de quetzal, en pieles, piedras preciosas y también en dinero efectivo, y se hacían además algunas apuestas reservadas consistentes en esclavos, las que habían sido terminantemente prohibidas por el monarca.

Enseguida notó Surabta que habían subido las apuestas en contra de su partido de uno a cinco, y estaba comunicándole esto a Deyé, cuando llegó un muchachito a decirle que la princesa Huitzillin lo llamaba a su palco con urgencia.

Muy contrariado iba Surabta hacia el palco de la princesa recordando las palabras que le había dirigido Arausi, y al llegar nadie notó su presencia, pues todos tenían fija su atención en las constantes apuestas que hacían con los que estaban en el estadio y por todas partes sólo se oían gritos de «cinco contra Surabta», «uno a favor de Tzontemac» y en todas ellas se notaba la misma desproporción.

La princesa al verlo entrar le hizo una seña para que se acercara y dejando caer un extremo de su manto, al inclinarse Surabta para recogerlo le deslizó estas palabras: —Cuidate de Tzontemac, pues trata de inutilizarte.

Después lo saludó con estudiada indiferencia y en voz alta, para que fuera claramente oída por los que estaban anotando apuestas, le dijo:— ¿Sabes Surabta que se me ha ocurrido el capricho de jugar a tus colores?

—Imposible, dijeron los más cercanos, y los demás; se fueron agrupando y en voz baja comentaban la ocurrencia.

Entonces Tzontemac, con voz en la que vibraba la soberbia, le dijo: —Pues si es tu gusto regalarnos tus haberes, yo anoto tu apuesta; y enseguida varios otros se fueron apuntando también, y rápida circuló por el estadio la noticia del atrevido juego que había tomado la princesa.

Cuando Surabta salió del palco enseguida fué en busca de Deyé para contarle lo que acababa de decirle la princesa.

—Si este Tzontemac no juega limpio, yo emplearé iguales armas en legítima defensa. —No apartes la vista de él porque es posible que trate de hacerme caer al dar alguno de mis saltos y en ese caso no te preocupes por mí porque estaré suficientemente prevenido.

Ya se acercaba el momento del comienzo de la partida. Surabta con sus compañeros avanza hacia el centro del estadio y al soltar su capa, todas las mi-

radas se dirigen a su cuerpo, ávidas de apreciar las posibilidades del triunfo o la derrota, de acuerdo con su correcto desarrollo.

Suena de pronto la nota del tambor y Surabta, con un prodigioso salto de felino cae sobre la línea media en que está la bola y la arrebató antes de que nadie haya iniciado la menor carrera. Sigue con ella veloz hacia la pared del fondo y hasta entonces es que salen sus contrarios de la sorpresa que los ha paralizado y todos en grupo se le atraviesan, pero Surabta salta sobre ellos, toca con la bola la pared y volviéndose veloz la lanza a sus compañeros que han quedado atónitos en el centro del estadio y entonces éstos, sin ningún enemigo que los asedie, meten la bola por el círculo.

Nunca se había visto un juego tan rápido. En pocos segundos pasó todo lo dicho y fue tanta la sorpresa, que hasta al rato comprendió el público que el primer tanto había sido ganado por el partido de Surabta, y entonces irrumpió en una delirante manifestación.

Ambos bandos a porfía lo cogieron y en hombros lo pasearon por el estadio en medio de una ovación estruendosa. Sólo Tzontemac se mantuvo apartado y en silencio, incapaz de dominar sus pasiones, pues eran varios los motivos de odio que contra él sentía.

—¡Cómo era posible, pensaba Tzontemac, que él se asociara a la gloria del contrario, cuando había sido quitado del lugar que le correspondía en las fiestas para dárselo a Surabta; cuando todas las atenciones de la princesa eran para aquel advenedizo, al

extremo de hacer aquellas apuestas locas, sólo por complacerlo! —No, aunque fuera notado su rencor, él no podía secundar los festejos que se hacían a aquel guerrero de antecedentes desconocidos.

Con el triunfo de Surabta, la desproporción de las apuestas comenzó a nivelarse algo, pero éste se extrañaba de que la inmensa mayoría siguiera ofreciendo ventajas de cinco a uno, como si algún conocimiento preconcebido los alentase.

Al comenzar la segunda parte, los contrarios estaban ya muy prevenidos y no dejaban a Surabta desplegar su juego; y en un momento en que éste agarró la bola, Tzontemac se le vino de frente, y cuando parecía que iban a chocar trató Surabta de saltar sobre él, pero Tzontemac lo impidió agarrándolo por el tobillo y los dos rodaron por el suelo, quedando Surabta sin sentido.

Aprovechándose de este momento de espectación, corrió Deyé con la pelota y tocó el muro, pero enseguida se levantó Tzontemac y ya estuvo listo a cortarle el paso a su nuevo adversario, y entonces Deyé, sin detenerse en su carrera, inició un salto semejante al de Surabta y con la dura suela de su sandalia le hizo una ancha herida en la frente.

Vibró enseguida la nota del tambor y de orden de Holcatl, que era el juez, quedaron suspendidos los juegos haciéndolo muy a tiempo, pues se notaba en los guerreros terbis un tal estado de exaltación, que ni el mismo Deyé podía casi contenerlos.

A pesar de la ansiedad que reinaba en el estadio, pues se rumoraba que la caída de Surabta era mor-

tal, el inmenso local fue despejado rápidamente, temiendo todos que los terbis enloquecidos con la herida de su jefe pudieran ejercer alguna venganza.

Fue Surabta llevado a uno de los cuartos del estadio donde se presentó enseguida Holcatl dando cuenta a Deyé de que Tzontemac había sido ya detenido, apesar de estar herido; y llevándolo aparte le dijo: —Tú también quedas preso y a la orden de los jueces, pero por el momento, cuida de que tus guerreros no salgan del estadio. —Ya he mandado a llamar al Nacón y a su ayudante, pues ellos son los más sabios médicos que tenemos.

Aquel lugar antes tan ruidoso y tan adornado de joyas y colores, ahora estaba silencioso y triste. Sólo los guerreros terbis circulaban por el patio de juego y cada vez que pasaban por el cuarto donde estaba Surabta interrogaban con la vista al Nacón y a su ayudante, pero éstos guardaban un profundo silencio y ni el mismo Deyé había podido obtener de ellos una palabra de consuelo.

Ya tarde el Nacón salió al patio y todos se le agruparon, pero él no parecía que entendiera la pregunta que la ansiedad retrataba en las caras de todos los guerreros: al poco le dijo a su ayudante: —Ya es tiempo de que vayas por Xochitl. —Acompáñala al Templo del Sol para que atienda al fuego y después traela aquí, pues yo me declaro incompetente para salvar la vida de Surabta. —Nada extraño sería que mi discípula pudiera darle lecciones a su maestro: —casos he visto en que el amor sutaliza a tal extremo los sentidos, que al influjo de este sentimiento se



despiertan vívidos los recuerdos de la ciencia que atesoramos en otras vidas.

—Cuida de que deje encerrado al tigre para que no sea reconocida, y tú Deyé, distribuye a tu gente a todo lo largo de la ruta para que nadie pueda sospechar que una vestal ha sido traída aquí: la acompañarás con mi ayudante y le darás mi capa para que se envuelva y en tí confío, para que este secreto se guarde en absoluto; y vosotros, guerreros, nada de venganzas; que cuando está en peligro la vida de un ser querido, los pensamientos de todos los que lo rodean deben ser de paz y de concordia.

Todos salieron prestos a cumplir las órdenes del Nacón y éste se quedó con la mirada fija en el herido, sometiendo su mente a duro esfuerzo, empeñado en sorprender los arcanos de la ciencia para que ésta le diera la luz que le faltaba.

Tan profundamente estaba abstraído el Nacón en estos pensamientos que no notó la llegada de Xochitl hasta que la vió acercarse a Surabta y después de soltar su oscuro manto, inclinarse ante él y oscultarlo detenidamente.

Al notar cuán absoluta era la tranquilidad de ella, renació la confianza en el Nacón y entonces avanzó y fue observando el cuidado minucioso con que iba apartando el cabello del herido buscando si tenía alguna fractura. Después dirigiéndose a Deyé le dijo: —¿No recuerdas si Surabta recibió alguna vez en este lugar una herida?

—No fue herida, le dijo éste, sino el manotazo de un tigre, y fue en ese lugar precisamente.

Entonces Xochitl comenzó a frotarle suavemente el lugar contusionado y a la vez se veía los esfuerzos que hacía con su mente para obtener el fin que deseaba. En esta forma siguió por largo rato hasta que comenzó Surabta a moverse y a tratar de retirar la mano de Xochitl: por fin se incorporó en la cama y agarrándose con ambas manos la cabeza dijo: —¡Me duele mucho!

El ayudante del Nacón le acercó a Xochitl una vasija con una sustancia de olor muy penetrante con la que empapó unos paños y los aplicó sobre el lugar del golpe.

Todos los guerreros miraban atónitos viendo cómo las facciones de Surabta se iban normalizando, hasta que de pronto comenzó a decir: —Ya recuerdo quién me causó este golpe. —¿Cómo terminó el juego y qué se hizo Tzontemac?

Deyé le contestó al punto: —El juego fué suspendido y a Tzontemac le marqué en la frente de por vida su ignominia con el filo de mi suela.

Entonces el Nacón dijo con tono profético: —Siempre que veo aparecer en los hombres la venganza me aflijo mucho, pues comprendo cómo se va alargando la cadena de los sucesos que durante largas vidas irá impidiendo que el dios que está en nosotros pueda remontarse libremente a las regiones de la perfecta dicha.

—Olvidad los rencores, y reserven los guerreros sus propias valentías para la defensa de la verdad y la justicia, pues el mundo necesita de sus potentes brazos para el amparo de los seres desvalidos; y con

estos actos crearéis estelas gloriosas por donde podréis marchar a las regiones de los dioses; y en cambio, si los guerreros sólo luchan por la venganza, crearán férreas cadenas con que habrán de quedar atados por muchas vidas a esta tierra en sucesión continua de luchas y rencores.

Al terminar estas palabras, se levantó de pronto Surabta y fijando su mirada en un rincón oscuro de la estancia dijo:—¿Es que deliro o eres tú, Arausi mía?

—Ella es, dijo el Nacón, la que con su ciencia ha sabido detener tu alma cuando ya estaba a punto de volar a otras regiones, dando con ello una sabia lección a su maestro.

Entonces ella fue avanzando, llevando reflejado en su mirada el íntimo contento que le habían producido las palabras del Nacón y le contestó: —Ningún mérito tiene el haber aplicado tus propias enseñanzas a impulso de la congoja que sentí al comprender el peligro en que estaba la vida de Surabta; y ahora me retiro, pues no hay que olvidar que mi presencia aquí podría también acarrearle un gravísimo peligro.

Al día siguiente se presentó Deyé ante los jueces. Surabta hizo una brillante defensa de Tzontemac, tratando de probar que el acto de él fue impremeditado, a todo lo cual Tzontemac guardó silencio; pero cuando a su vez le tocó hacer sus cargos contra Deyé, él también manifestó que consideraba a su heridor libre de culpa. Entonces los demás testigos se adherieron más por cortesía que por convicción a estas declaraciones y los jueces fallaron la libertad de ambos.

## CAPITULO X

—Me tienes abandonado, le decía una tarde el Nación a Surabta. Este llevaba a su viejo amigo con el brazo pasado suavemente por la cintura tratando de aliviar con disimulo su torpe paso.

—Le estas prestando demasiada atención a los ejercicios corporales y a las fiestas, le seguía diciendo, y olvidándote de lo que es permanente en el hombre por eternidades, que es el desarrollo de la inteligencia.

Surabta escuchaba enternecido estos consejos, pues creía oír las idénticas palabras con que de niño lo corregía su madre.

Y seguía el Nación: —Ya me lo decía Xochitl.

—¿Cómo?, ¿qué te decía ella?, le interrumpió Surabta.

—Pues me decía, que si hubieras nacido en esta patria, más te hubieran dedicado a las ciencias y a las artes bellas que a las duras faenas del guerrero.

—¿Y qué más te dijo?, cuéntamelo, Nación amigo.

—La pobre niña insiste en sus temores y ya no puede vivir, pues siente que se acerca el momento

decisivo en que algo desconocido habrá de romper la bella ilusión de sus amores.

—Y es el caso, que yo también comienzo a contagiarme de un raro sentimiento de tristeza, como si tratase de arrancarme un nuevo cariño que se hubiese anidado en mi viejo corazón y esto me produce un intenso dolor.

—Pues dile, mi buen amigo, que su pena me da aflicción y que sufro tanto por su congoja, que quisiera que esas penas tuyas vinieran sólo a mi. —Dile también que estoy presto para todo sacrificio que su amor reclame y llévale el consuelo de tu palabra cariñosa. —Y en cuanto al afecto que siento por tí, mi buen Nación, es tan puro y firme como el que silenciosamente guardo en mi corazón para mis queridos padres.

—Es cierto, dijo el Nación; tus palabras suenan en mis oídos con timbres de verdad, pero no obstante, sé que algo ha de pasar ajeno a tu voluntad, que modifique al parecer tus palabras de cariño.

—Pero dejemos estas cosas y dediquemos un rato al estudio del modelo que sirvió para esculpir el Bajo-Relieve de la Cruz que está colocado en el Altar del Templo de las Vestales, y que te ofrecí enseñar. —Subamos a mi cuarto.





EL HERMOSO BAJO-RELIEVE  
Na-chan-caan (Palemke)

—En este arca de piedra, comenzó el Nación, —se conserva el Libro Divino (Teoamoxtli). —Todos los bajo-relieves de los templos están tomados de las láminas de este libro, y en él se conserva el sentido oculto de todos los jeroglíficos, sólo conocidos de los sacerdotes.

—Esta lámina es el original de un bajo-relieve que está en el Templo de los Sacrificios: esta otra es la que quería enseñarte.

—Ves en el centro la cruz. —Para el pueblo, ella representa la diosa de las aguas llamada Quiahuitzi-teotl y en cambio, para nosotros representa la base de toda nuestra cosmogonía. —Ella simboliza los grandes períodos cronológicos, el sol que vivifica y la creación del Universo.

—Esta figura de la derecha representa al dios sol a cuyo influjo nace todo lo creado y se despierta la inteligencia que está representada por esta planta, cuyo tallo le sale de la cabeza. —En la mano lleva una ofrenda de flores y plantas nacidas bajo su égida, y estos signos que están detrás de él, el que tie-

ne la U es el «Ollinemeztli» y el de abajo el «Xiuh-tlalpilli», que se refieren al gran período solar. —Nosotros los sacerdotes somos en la tierra los inmediatos representantes de este dios.

—La figura de la izquierda representa a la potencia creadora, al germen de los seres y las cosas, presentando ante la cruz a un niño.

—Sobre la cruz ves al bello quetzal, representación de la estrella de la mañana y de la inteligencia divina; y según puede leerse en estas hileras de signos que están a los lados, al consorcio de la luz y del calor que nos envía nuestro padre el sol, que es la figura de la derecha; secundado por el germen de vida que está en todas las cosas, representado por la figura de la izquierda, y animado por la divina inteligencia de los dioses, que es el quetzal, apareció la bella creación del Universo, que está representada por la cruz.

—Y conténtate por el momento con esta enseñanza, pues aunque parece corta, ella encierra múltiples problemas en los cuales puedes meditar largamente.

—He querido hoy especialmente instruirte en estos conocimientos para que sirvan como de lazo de unión entre nosotros y allá en el futuro despierten de nuevo en ti el deseo de libar del divino conocimiento.

Para esa noche había sido señalada la gran fiesta que desde hacía tiempo tenía proyectada la princesa Huitzillin en honor de Surabta.

El exterior del palacio estaba todo iluminado por teas perfumadas y una guardia del rey escoltaba la entrada, la que seguía en dos hileras hasta el patio entoldado.



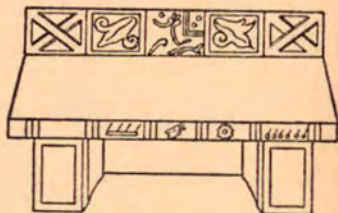


LA PRINCESA HUITZILLIN

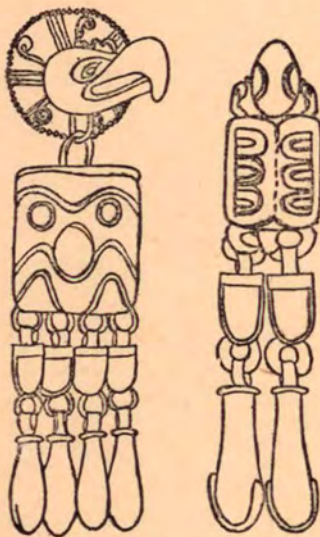
e  
o  
l  
t  
e  
e

Mr.  
1811  
1811

Al entrar Surabta con Holcatl, notó al momento el absoluto silencio que guardaban todos los invitados. Su compañero le hizo seña de callarse y lo retuvo para que no fuera a saludar a alguien. Se sentaron en una adornada banca de piedra y así se mantuvieron largo rato hasta que se escucharon los pasos de una comitiva que se acercaba.



Banco de piedra



Zarcillos

Era el monarca con su escolta, el que al entrar siguió hasta el centro del patio y se paró ante una columnita de jade. En eso avanzó la princesa Huitzillin, radiante como nunca de hermosura. Su color moreno pálido lo había realzado algo con el iztah-te (pintura formada por una goma colorante y odorífera). Largos pendientes le pendían de las orejas, algo ocultas por el trenzado de su cabello, el cual llevaba sostenido en la frente por un delicado

cintillo de oro calado incrustado de esmeraldas y enriquecido con pequeñas plumas de colores, que le daban el carácter de corona.

Su cuéyatl, bastante escotado, estaba cubierto en el pecho por una media coraza de filigrana de oro sostenida por detrás con delgadas correitas, y el huepilli, apenas le bajaba algo más de la rodilla. Las sandalias tenían en las suelas delgados bordes de oro y estaban sostenidas a la pierna por el trenzado de las correas, cuyos bordes también estaban rematados con el mismo metal.

Le rodeaba la cintura una ancha faja con el maxtli colgando al frente, que era la más bella representación de la gran suntuosidad que los orfebres mayas daban a sus trabajos de joyería. Todo el cinturón y el maxtli eran de oro cincelado y calado, con gran variedad de piedras incrustadas. Tenía brazaletes en los brazos y en las piernas, del mismo estilo del cintillo de la frente, y además, llevaba estampados en colores rosa y celeste unos delicados dibujos que le cubrían los brazos, y colgado al cuello el redondo espejo de piritita.



Espejos de Piritita

Al llegar frente al monarca, echó copal en un platillo que estaba colocado sobre la columnita y hasta entonces dió la bienvenida a su regio huésped.

Después todos se acercaron a cumplimentarla, desquitándose al fin del largo silencio en que habían estado, obligados por la etiqueta. Todos los más pro-

minentes miembros de la antigua corte de los itzaes estaban allí representados, y como antes dijera Huitzillin, pareciera que aquella fiesta hubiera sido convocada como medio de íntimo acercamiento entre vencedores y vencidos.

El amplio patio del palacio de la princesa resplandecía por los mil adornos valiosos en telas bordadas y riquísimas pieles, y por aquella multitud de columnitas con pebeteros e idolillos, resultando un contraste deslumbrador entre los ricos vestidos de los nobles y los elegantes uniformes de los guerreros.

Pareciera que ni una joya más hubiera quedado en la ciudad fuera de las que allí exhibían las bellas damas.

El Gran Sacerdote también paseaba la fastuosidad de su traje, siempre seguido por una pléyade de nobles. En cambio, el monarca, sin haber querido ocupar el pequeño trono que le habían preparado, hablaba con un grupo sobre detalles de los antiguos conquistadores de la patria, en su forma sencilla y armoniosa.

Estaba Surabta tratando de acercarse al rey, pero constantemente era detenido por los muchos amigos que lo felicitaban por el feliz remate que había dado a su incidente con Tzontemac, cuando en eso se le acercó la princesa y le dijo: —Por fin consigo verte; tenemos mucho que hablar y sólo espero para ello terminar las cortesías obligadas; pero no olvides que a la hora de la cena te corresponde hacerme guardia, pues desde la fiesta del palacio así me fue concedido por el rey; y cuando terminaba estas palabras, se le acercó Tzontemac y le dijo: —Esta vez espero, prin-

cesa, que no has de olvidar que mi puesto es al lado tuyo durante la cena, si es que quieres persistir en la etiqueta de la antigua corte.

—Así debiera ser, querido amigo, pero como la fiesta la doy en honor de nuestro buen Surabta, él se sentará a mi lado y he dispuesto para ti un lugar más honorífico que es el inmediato al rey.

—En este salón de noblezas destronadas, dice Tzontemac, el lugar más prominente es junto a ti.

—Pues por encima de la opinión de los osados nobles está la voluntad de la reina de los caprichos; le contestó la princesa con tono soberano.

Estas palabras dichas en alta y vibrante voz fueron escuchadas por muchas personas y entonces se acercaron Xolotl y Tlotzin y se llevaron a Tzontemac, temerosos de que ocurriera alguna violencia en vista de los antecedentes que ya había.

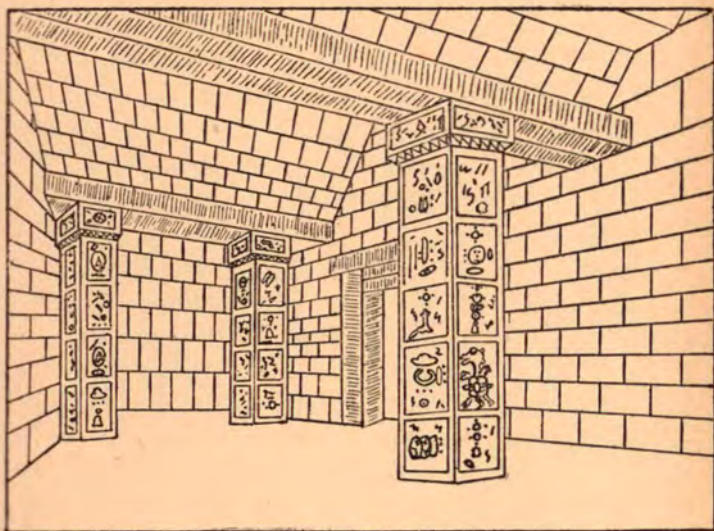
—Está celoso el pobre necio; le dijo la princesa a Surabta al retirarse, y estas palabras despertaron en seguida en la mente del guerrero el recuerdo de Arausi y sus temores.

En eso lo llamó el rey aparte y le dijo: —Creo innecesario el recordarte las palabras que dije el otro día en el palacio. —Hay que cuidar de no resbalar en los pulidos pisos de los salones, pues las caídas resultan más peligrosas que las que acostumbramos dar los guerreros entre los riscos de las montañas.

—Tendré muy presente el consejo, noble señor, le contestó Surabta.

Todos fueron pasando al salón de las columnas donde estaba localizado el pequeño teatro del palacio.

Holcatl acompañaba a Surabta y le iba dando explicaciones sobre los actos que se representaban. —Ese actor que ahora relata ese pasaje histórico, ha tenido que registrar los antiguos anales de la historia entre los anahtés que conservan los doctos sacerdotes, y se tiene a honor el encontrar pasajes inéditos para ser recitados en las fiestas. Tienen que pagar fuertes sumas por estas relaciones, pues a veces representan estudios de largos meses y los sacerdotes cobran sus derechos por facilitar estos datos. —Escucha la relación que ahora hace.



El salón de las pilastras

El actor se refería a un idilio de amor que se había desarrollado entre los primitivos hombres de madera que poblaban el Chacnovitan.

Después de corridas las cortinas anunciaron que se iba a representar La Corte de Amor. —Esta obra, le dijo Holcatl a Surabta, es una vieja representación; pero siempre nueva, pues cualquier persona del público toma parte en ella, improvisando de ese modo los pasajes.

Era la princesa Huitzillin la principal protagonista y apareció sentada en el trono de un palacio rodeada de bellísimas damas, todas luciendo trajes de otra época.

La princesa comienza a contar a sus damas una historia de amor en la que interviene un bello galán, al que espera por momentos, y entonces sube al escenario Tzontemac y con elegante dicción comienza:

«—Amada reina, perdona mi extraño atavío, usado únicamente para despistar a los muchos que me persiguen.—Listo estoy a levantar a los vecinos pueblos para salvarte, rompiendo de una vez las floridas cadenas con que te tiene amarrada tu tirano padre»: y en esa forma sigue por largo rato, pero la princesa está dispuesta esta noche a zaherir todo lo posible al pobre Tzontemac, y cuando termina su discurso le dice:

«—He dejado que hablaras, vasallo audaz, sólo por conocer tus tenebrosos planes. —No eres tú el galán al cual he rendido mi corazón y por el que estaría dispuesta a dejar mi bello palacio»:... y en esa forma siguen desarrollándose interesantes pasajes en los que la princesa hace constante gala de su vivo ingenio modificando a su capricho la trama que los demás actores piensan dar a la obra, y a pesar de



las difíciles situaciones que crea, siempre está lista a salvar al actor que comienza a confundirse, dando por fin un feliz e ingenioso término a la representación.

Esta comedia ha sido de gran agrado para el selecto público y todos pasan al patio donde ya está preparada la regia cena.

Está Tutulxiu en medio de un grupo comentando el triunfo que acaba de obtener la princesa y dice:— Nunca la he visto dar muestras de mayor ingenio; cuando en ese momento se le acerca ella y le contesta:

—Sólo por venir del rey es que puedo tomar como real esa galantería.

—No princesa, le dice él: soy sincero en ese elogio merecido y sólo siento que nunca hayas querido escribir esas preciosas comedias que se te ocurren.

—No he querido hacerlo, le contesta, porque ello sería la muerte de la inspiración. —Si las comedias se aprendieran de memoria, se encerraría con ello el ingenio del actor dentro de estrechos moldes conocidos, rompiendo así las alas a los esfuerzos de la mente: —¿No te parece, noble señor?

—Efectivamente, le contesta el rey, pero por otra parte, esas comedias escritas servirían de modelo para aquellos actores que no hubieran llegado a la meta de la inspiración divina.

Poco después se acercó el rey a Holcatl, el cual estaba con Surabta, y le dijo: —¿No encuentras algo raro en la princesa, algo como un insistente afán por agradarme, desconocido en ella, pues recordarás su forma mordaz y algo hiriente con la que

siempre me dirigía la palabra? —No habrás olvidado que debido a ello es que yo dejé de frecuentar sus reuniones. —Esto me da a entender que algo trama y debéis estar todo el tiempo sobre aviso.

A una indicación de la princesa, todos comenzaron a ocupar sus puestos en la mesa de acuerdo con las rígidas fórmulas de aquella corte. En las cabeceras se sentaron el monarca y el Gran Sacerdote y a continuación las damas. Los largos sitaliales ocupados por éstas, semejabán lechos y estaban colocados en forma de abanico alrededor de la mesa, de tal manera, que cada dama tenía en el mismo sitial a un compañero, al cual le iba pasando las viandas.

Entre cada sitial lucían columnitas con el platillo del incienso y, después que el rey quemó copal, igual cosa hicieron los demás. Seguidamente cada uno escogió la flor más bella, y después de hacer una oración mental en medio de un absoluto recogimiento, la depositó en su platillo, y durante toda la comida fue observando Surabta, que de cada manjar, el bocado más exquisito lo apartaban como ofrenda a los dioses.

La vajilla era un primor de oro cincelado, y las viandas consistían en ricos pasteles llamados «kool», formados por una delgada masa de maíz y aderezados con carne de pavo: varios confeccionados con harina de semillas de calabaza y rellenos con carne de tórtola y faisán, y otros guisos de carne de tortuga.

También presentaron distintas variedades de pescados y de frutas, a la vez que exquisitas bebidas, tales como la tuba, extraída de la palmera; la zaca,

compuesta con cacao y maíz y el balché sin fermentar, que era una especie de cerveza extraída de la corteza del árbol del mismo nombre.

El puesto de Surabta era en el mismo sitio de la princesa y ésta, a la vez que le pasaba las viandas, le iba explicando los usos y costumbres de esas fiestas.

—Debes observar, le decía, que sólo cuando el rey o el Gran Sacerdote hablan en voz alta es cuando la etiqueta obliga a que todos guarden silencio. —Ya habrás oído decir, continuaba, que el monarca no permite que se tome balché fermentado en su presencia.

—Ciertamente, le contesta Surabta: —Holcatl me ha contado que aquí se castiga con la pena de muerte al que se envicia con esa bebida.

—Así es, dice ella; —pero habrás imaginado que las clases elevadas nunca abusan de él y que entonces no es nocivo. —Tomando el balché con moderación produce divinas sensaciones. —Figúrate que al que tiene amores contrariados le hace olvidar sus penas y le hace creer que camina sobre una senda de rosas en compañía de su amada. —Al tímido lo convierte en valeroso y al que tiene valor en un titán. —Otras veces produce raros efectos, pues aviva a tal extremo el intelecto, que convierte en un genio al hombre de mediana inteligencia. —Pero escuchemos lo que dice el monarca.

Surabta apenas entendía confusamente las palabras de Tutulxiu pues su mente estaba lejos de aquella escena. Se preguntaba mentalmente por qué sería que Arausi no le había hablado nunca de aquella bebida que producía efectos tan maravillosos. La he de pro-

bar, pensaba, para ver si ella puede producir en mí una mayor intensidad de amor para mi adorada; y entonces sus cavilaciones fueron interrumpidas por la voz de la princesa que le decía: —Cuando el monarca se retire te haré probar tan exquisito néctar. —Para mí preparan especialmente una clase, de perfume delicado, que es la envidia de todas las casas de Nanchan-caan: me dirás si es de tu agrado.

Después de media noche se retiró el monarca con todo su séquito y enseguida comenzaron los sirvientes a traer cojines que colocaron entre los sitios para que se sentaran los hombres, y entonces se reclinaron las damas en los pequeños lechos.

Después trajeron los delgados carrizos con tabaco, todos ellos labrados maravillosamente, y circularon enseguida preciosas jarras de barro de dibujos capri-



Plato de oro y jarras para balché

chosos, las que contenían el espumoso y afamado balché que fue servido en anchas copitas de oro.

Un silencio religioso reinaba en el inmenso patio del festín, pues era el momento en que todos ofrecían a los dioses las primeras gotas del exquisito licor, las cuales fueron vertidas sobre el platillo del incienso.

Comenzó enseguida a escucharse el tenue sonido de varias flautas de dulce nota. Todas daban a la vez el mismo tono quejumbroso pero en escalas diferentes, terminando cada estrofa en una especie de lamento.

Surabta paladeaba la bebida sin poder encontrar agrado alguno en ella, siendo observado por la princesa atentamente, para ver el efecto que le causaba.

—Deliciosa debe ser, dijo por fin, para aquellos que tienen la costumbre de tomarla, pero francamente he de decirte, que no comprendo cómo puede agradar este brebaje.

—Ya te gustará, amigo mío, y en pocos momentos comenzarás a sentir los efectos maravillosos de que te he hablado.

—Observa cómo cada uno habla sólo con su compañera sin prestar a los demás ninguna atención.— Sólo algunos de gusto refinado se apartan de las damas y aprovechándose de la exaltación producida por el néctar, se engolfan en arduas discusiones, aspirando a resolver problemas relacionados con los dioses.

—Yo quisiera a mi vez discutir contigo un problema a que he dado atención por largo tiempo.—Se refiere a probar las excelencias del sentimiento llamado simpatía, en contra del otro que se llama amor.

—Temo, princesa, le dijo Surabta, que el balché esté produciendo en mí un efecto contrario al que me anunciastes, pues he de decirte que no entiendo el sentido del problema que me presentas.

—Trataré de darle una forma más clara, dijo ella. —Yo creo que la simpatía es una condición del alma, bella cual ninguna y superior al amor mismo, puesto que el lazo de unión que establece la simpatía no trae consigo la exclusividad que crea el lazo del amor. —Es la simpatía un sentimiento alado que al extender su abrazo abarca mundos infinitos, y en cambio, el del amor se centraliza en una mínima expresión. —Ambos son brotes de cariño, sólo que en la forma de simpatía se extiende ampliamente y en la de amor se concreta a un punto. Por eso yo nunca he querido saber lo que es amor, pero en cambio, extendiendo mi simpatía inmensamente entre todos mis amigos.

Surabta sentía en su cuerpo una extraña laxitud, pero a pesar de ello, los conceptos de la princesa los comprendía con gran viveza y para cada una de las ideas de ella encontraba múltiples contestaciones y sólo esperaba que terminase de hablar para rebatir sus teorías.

—No, princesa, comenzó a decir Surabta: —No puede compararse el divino amor con la simple simpatía. Y después, levantándose, siguió diciendo con palabra límpida y sonora, que atrajo la atención hasta de los que se habían engolfado en discusiones referentes a los dioses:

—No puede haber comparación ninguna entre es-

tos dos sentimientos tan distintos. —El amor es un sentimiento bello, delicado y exquisito, que eleva al hombre al trono de los dioses, sólo por el deseo de que su compañera comparta con él el lugar de las delicias.

Entre cada idea que emitía Surabta, la princesa le ofrecía su áurea copa, y éste seguía.

—Es el amor el que impulsa al hombre a las empresas más arriesgadas y a su llamada conquista mundos. —Es a su mandato que el hombre domina hasta sus más hórridas pasiones y es a su ruego que deja de ser fiera para inclinarse humilde ante su amada. —Así entiendo yo el amor, seguía diciendo, y en cambio, la simpatía es un sentimiento tibio, incoloro e incapaz de grandes sacrificios. Y por fin terminó: —Yo no quiero simpatía, quiero amor únicamente.

Entonces se sentó; refrescó sus labios con la bebida que le ofrecía la princesa, le tomó una mano, y a la vez que se la acariciaba, le siguió diciendo con voz suave:

—Yo he de enseñarte el grande amor que siento por mi amada, para que puedas apreciar cuán diferente es de la simpatía que tú me ofreces.

—Siento por ella un amor tan delicado, que hasta los mismos dioses se acercan jubilosos. —Las aveci-llas, al escuchar mis cantos de amor, susurran cariñosos y tiernos gorjeos a sus compañeras, y hasta el fiero tigre en la montaña se contagia de estas divinas armonías, y rindiendo su osadía ante su hermosa